

SOPA de CARTÓN con ALBAHACA (Basilikum) y VINAGRE (historia futurista de Antonio Zapata)

A lo lejos se escuchaban disparos (Schüsse), cada vez menos, pero el silencio de la espera del próximo, los hacía más presentes. No había guerra; sólo era el caos que reinaba en Europa desde la caída del sistema y sus gobiernos. Grupos, la mayoría criminales, al estilo de clanes, dominaban distritos y luchaban entre sí marcando territorios. Claudia miró esta vez su sopa con alegría pues el color verde de las pocas hojas de albahaca cortadas muy finamente y distribuidas pacientemente sobre toda la superficie del plato cubría el triste marrón de la sopa de cartón, cartón de una antigua cajita de fotos de su bisabuela, cartón cortado en cuadritos tragables (schluckbar) que desprendían hoy ese maravilloso olor a albahaca. Cerró los ojos y aspiró el vapor caliente de la sopa pues el sólo olor a caliente era también un lujo en esa Viena cada vez más vacía. Durante el fríasimo otoño los ríos de gente del Sur saliendo de Europa por la ruta balcánica en busca del sol y el calor de sus tierras natales habían dejado atrás una Europa medio-vacía. Muchos hijos y nietos pisaban (treten) ahora, en el otoño de 2035, las mismas huellas (Spuren), pero en sentido contrario, que sus padres y abuelos habían marcado en 2015 escapando de las guerras en Siria y África. Europa quedaba ahora, por fin, con el espacio suficiente para los valores occidentales cristianos que predicaban en aquel entonces los partidos de derecha, que en menos de 20 años se habían apoderado democráticamente de los gobiernos de los países. Claudia Mader, sentada sola en aquella mesa “Biedermeier” tomó la arrugada (zerschnitten) servilleta de lino que ya no podía planchar como entonces, cuando no había racionamiento y control de electricidad. Se la puso sobre la falda y tomó la pesada cuchara de plata, no sin antes pronunciar en silencio la oración (Gebet) de costumbre. Era una mujer inteligente y pragmática, por lo que degustó la sopa con una alegría superior. Aquella caja de fotos encontrada en el ático (Dachboden) tendría más de cien años, había sido hecha a mano y sin químicos, pues había leído que el pegamento (Klebstoff) usado en ese tiempo era a base de almidón (Stärke), al que le agregaban sólo una pizca (Prisse) de petróleo para que no se lo comieran las polillas (Motten). Eso explicaba ahora la consistencia cremosa de la sopa. Se agregaba un sabor muy especial: Sabor a ese nostálgico pasado, lleno de la seguridad y la ternura de su familia. Comía la sopa en un ritual sagrado, pues comía también los recuerdos contenidos en aquellas fotos que había contenido la cajita: Una foto en blanco y negro, en papel rígido, de su abuela niña haciendo la primera comunión; un daguerrotipo ya muy descolorido de su abuelo en uniforme militar delante de un retrato del emperador Francisco José; otra foto a color, análoga, de su madre joven y sana, antes del asma *letal-β-02* que la mató en menos de 3 meses, igual que a una quinta parte de la población de las grandes ciudades europeas; una foto de Claudia misma

recién nacida, en papel delgado de impresora moderna, durante la ceremonia de su bautismo, en los brazos de los orgullosos padrinos, sus bicentenarios bisabuelos: Ur-Pá con 101 y Ur-Má con 99 años. Cuatro generaciones felices sobre aquel rectángulo de papel. Con la lengua, Claudia retenía (zurückhalten) los pedacitos de albahaca para triturarlos (molerlos, zermahlen) entre sus dientes y extraerle todo el jugo posible a la hierba mediterránea de sus innumerables vacaciones en el Sur. Quedó muy satisfecha con su experimento culinario y saber que el ático era una despensa (=almacén) de cartones antiguos la llenó de tranquilidad para las sopas de las próximas semanas. A comer cartón lo había aprendido de la vecina de la planta baja quien siempre estaba acechando (lauerd) por la ventana cuando alguien, cada vez más raramente, levantaba la tapa (Deckel) de los contenedores de basura del patio. Pero inútilmente, pues ya el papel, como material combustible, era artículo de lujo. Era la polaca del apartamento medio-subterráneo, quien no participó en el éxodo balcánico porque su país, más al Norte, era todavía más frío que Austria. Era ahora la única extranjera en el edificio semivacío. La polaca recordaba los años dorados cuando la publicidad a domicilio se amontonaba delante de las puertas y sobre los casilleros del correo como una avalancha interminable de prospectos, catálogos, periódicos, *an einen Haushalt*-cartas y volantes, a lo que se sumaban los empaques de las compras por internet o de las pizzas a domicilio, volumen de papel que no alcanzaba espacio dentro de los contenedores y que los recogedores oficiales de basura ignoraban dejándolo sobre el piso. Pero ahora un antiguo catálogo de *IKEA* era rarísimo y un ingrediente apetecido en las recetas de cocina de la vecina del subterráneo: Decía que la sopa con papel de color tenía un sabor dulzón (süßlich) que, contrastando con el vinagre, recordaba la sopa de restaurante chino, además del aspecto de carnaval alegre que le daba al alimento. Era una mujer buena y sencilla por lo que compartió su secreto culinario con Claudia en voz baja y con un guiño (Zwinkern) en el ojo, como un secreto en peligro y le regaló un pedazo de hongo de levadura (Hefepilz) para producir vinagre y darle sabor a los alimentos a falta de sal. En su apartamento la vecina tenía más de cien frascos y botellas llenos de vinagre, pues el hongo se reproducía con rapidez y, al contrario de antes, no lo echaba al alcantarillado (canalización) sino que lo conservaba *por si acaso...* (für den Fall). En esa sopa china presintió Frau Magister Claudia Mader sólo los químicos venenosos de las tintas pero no desilusionó a su humilde y buena vecina. Pero producir vinagre le pareció una buena idea para dar un sabor diferente o como tratamiento al agua sucia que a veces tenía que recoger del canal del Danubio en los días sin suministro de agua, ya no de la famosa agua vienesa de antes, potable, fría y clara como las fuentes de los Alpes, sino, en el mejor de los casos, un líquido transparente pero con un fuerte olor y sabor a cloro que le recordaba sus días infantiles de verano en la piscina “Jörgerbad”. En la primavera, con las fuertes lluvias, se suministraba agua marrón con alto contenido de sedimentos. Pero la mayoría de las veces pasaban los días sin agua y

había que caminar hasta el canal o mejor aún hasta el mismo Danubio porque el canal se llenaba de gente bañándose y bañando a sus enfermos, lavando sus ropas harapientas (Lumpen) por lo que el agua del canal era una sopa de mugre (Dreck), pero al final era lo mismo el canal o el río porque el agua ya venía sucia desde Linz, Passau y las ciudades alemanas, además por el río bajaban a menudo cadáveres, no sólo de animales sino también humanos. Pero la falta del suministro público de agua se había convertido, paradójicamente, en una bendición (Segnung) : Era la única oportunidad de salir con seguridad del encierro, de poder respirar aire libre con cierta tranquilidad, de caminar juntos unos kilómetros con menos miedo, en grupos que se cuidaban unos a otros de las bandas criminales. A la calle no podías ir sin tener el peligro de regresar desnudo a casa. Martha, la atractiva vecina del piso de arriba regresó una vez no sólo desnuda y violada sino también calva (Glatzköpfig) : le robaron el pelo, un artículo apreciado ahora para producir fieltro (Filz).. Por la misma razón Claudia no se atrevía a caminar hasta las cercanías de la Plaza Mexiko donde habría podido cambiar una a una las bellas joyas de su bisabuela por algo de comida. Había hecho el camino únicamente una vez llevando el collar de perlas de Ur-Má, por el que sólo obtuvo media docena de membrillos (Quitten) y diez centímetros de tocino (Speck) seco. Y es mucho, le dijeron, porque las perlas no tenían valor en estos tiempos, que sólo el oro valía y afortunadamente el broche de la cerradura (Verschluß) era en oro blanco con tres diminutos brillantes. Por eso la falta de agua en casa era una señal que se tomaba con cierta alegría para salir en grupo.

Claudia terminó la sopa y se dirigió a la cocina con el plato vacío, al que le pasaba el dedo para tomar los últimos restos de sopa que lamía (lecken) con gusto. El plato llegó limpio a la cocina; le pasó primero un trapo (Lappe) húmedo y luego otro seco, lo puso en el estante y regresó a la sala donde se sentó delante de su biblioteca a recorrer los libros con la vista; ya se sabía de memoria la posición exacta de todos: Ya a todo libro le faltaban páginas, por lo menos las de adelante y atrás, las blancas. A otros, las bibliografías del final o los índices del principio... y en noches de frío intenso la calentaron los capítulos intermedios, pues se resistía a quemar el primero y último capítulo de sus queridas novelas clásicas. Los libros grandes habían sufrido grandes amputaciones porque las pesadas cubiertas alcanzaban (erreichen) a calentar una taza de sopa . Pero el producir calor con sus libros no era ahora el motivo de su cavilación (Grübele) sino otro más mundano (weltlich) y vulgar: Necesitaba reserva de papel higiénico (Toilettapier) y eso era una decisión muchísimo más complicada por la consistencia y tamaño (Größe) del papel requerido. Había que “trabajar” mucho las rígidas páginas hasta hacerlas flexibles, arrugándolas una y otra vez pero con cuidado para no romperlas o debilitarlas demasiado. Desde hacía días venía luchando con una idea que se le resistía desde el centro de su estómago: La biblia. La biblia de su bisabuela. Claudia no era religiosa. Si tenía reservas era un poco por el valor material de la biblia, cosa ahora sin valor

material, pero más por el valor sentimental. O no? O sí? Es que realmente la idea de limpiarse el culo con la biblia la llenaba de incomodidad. “*Nuestros Valores*”, predicados ya 20 años sin descanso, habían producido una especie de lavado de cerebro en el pueblo. Pero el tamaño apropiado y la delicadísima consistencia sedosa (seidig) de las páginas sagradas era una tentación. Se levantó, tomó la biblia y la abrió. En el borde de muchas páginas notó manchas (Flecke) de óxido de un antiguo gancho (Klammer) metálico con que su bisabuela había clausurado un libro entero de la biblia, con cuyo (dessen) contenido no estaba de acuerdo, según (gemäß, laut, nach) cuentos de su abuela. Eran páginas del Antiguo Testamento, del Levítico. Claudia las leyó y supo inmediatamente porque su bisabuela las había condenado (verdammt): Capítulos llenos de barbaridad, pero sobre todo por el capítulo 21, donde Dios prohibía a Moisés que personas discapacitadas tocaran las Tablas de la Ley. En un versículo prohibía incluso que persona con deformación física se acercara hasta la cortina que protegía el Arca donde guardaban los Diez Mandamientos. *Me pueden alabar (loben preisen), pero desde lejos... que no me toquen...* era claro que ese Dios tenía asco (Eckel) de parálíticos y retrasados mentales. Claudia recordó a su tío-abuelo Joseph, el loquito, el bobito de la familia, el minúsculo viejecillo que ella, siendo muy niña, vestía de mujer para jugar a las muñecas, le ponía sombrero y le pintaba las uñas (Nägel), el que se dejaba meter a la boca todas las sopas que la pequeña niña preparaba en su cocina “Barbie”: sopas infantiles de agua, sal, azúcar y los coloridos pedacitos (Stückchen) de papel confeti que producía la máquina perforadora (Locher) de su padre de las montañas de facturas al hacer su declaración de renta (Steuererklärung). La imagen del alegre tío-Jo tratando de masticar (kauen) el papel confeti con sus dos prótesis flojas (locker) humedeció sus ojos... Claudia desprendió (ablösen, losreißen) el Levítico y se dirigió al baño.